MIÉRCOLES – FERIA DE NAVIDAD, CICLO C, 2 de enero de 2012.-

"Yo bautizo con agua." (Juan 1, 19-28)

Juan el Bautista había logrado un gran reconocimiento como profeta. La gente escuchaba sus prédicas a orillas del Jordán y se hacía bautizar como forma de purificarse y preparar la venida del Salvador. Su fama llegó hasta Jerusalén y se hablaba tanto de él que los sacerdotes y levitas quisieron saber si se trataba solamente de un gran profeta o bien del mismo Mesías.

Juan respondió con rotundidad: *"No lo soy"*. Y agregó: *"Yo soy una voz que grita en el desierto… yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia."*

Podemos imaginarnos a Juan rodeado de discípulos y admiradores, recibiendo a los emisarios de la autoridad religiosa residente en Jerusalén. Se trataba de una gran oportunidad para catapultarse como profeta, dar respuestas ambiguas y jugar así con las expectativas del pueblo. Pero Juan no pretende ocupar el lugar del Mesías. Por el contrario, disminuye su protagonismo en función de alguien que ya estaba entre el pueblo y que era el Esperado.

Al reflexionar sobre estos hechos encuentro una doble lectura. La primera es horizontal y se centra en la llamada a reconocer nuestra aportación en la historia sin pretender mayores reconocimientos y al mismo tiempo saber dar el lugar que corresponde a los demás. Se trata de una actitud fundamental para optimizar el funcionamiento de una institución, respetando los roles y las funciones de cada uno, pero va más allá de lo organizacional y toca la calidad humana, la capacidad de ser uno mismo y de potenciar la realización de los demás.

La segunda lectura es de carácter espiritual y religioso. En la vivencia de la misión Hospitalaria buscamos aportar todo lo que profesionalmente puede ser beneficioso para las personas que atendemos. Si lo hacemos desde un compromiso con la calidad asistencial seguramente lograremos buenos resultados y, aunque no sea condición necesaria, quizá hasta el reconocimiento público de nuestro bien hacer. Sin embargo, desde la mística Hospitalaria, sabemos que *"hay alguien"*, que quizá muchos de nuestros destinatarios no conozcan, que "*viene detrás nuestra*" y que es el auténtico "*salvador*", el dador de la salud en su plenitud.

Vivir la misión Hospitalaria desde esta visión nos ubica personal y profesionalmente como instrumentos comprometidos con la salud integral de las personas. Da nuevas perspectivas a nuestras aportaciones asistenciales y educativas, nos compromete con un concepto de salud y de plenitud humana que va mucho más allá de la superación o la debida atención de un cuadro patológico de salud mental, de discapacidad o demencia. Estamos ante la dimensión trascendente de la Hospitalidad.

Danilo Luis Farneda Calgaro PASTORAL.
ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL